

AUT PAUL, AUT NIHIL.

—...y el Cefalópodo Único habló a Paul, Nuestro Señor, y le instó a difundir su palabra.

La iglesia rebosaba de fieles atentos, devotos, que escuchaban por millonésima vez en sus vidas la historia del Cefalópodo Único y de su hijo divino, Paul. En uno de los laterales del templo, ocultos por las sombras, dos obispos de alto rango avanzaban lentamente sin llamar la atención, susurrando conspiraciones.

—Sigo diciendo que no me fio lo más mínimo del tal Philander ese —dijo el primero.

—Ya te lo he dicho —respondió el segundo—. Es un hereje ateo, y como tal, es merecedor de toda la desconfianza del mundo —el primero asintió firmemente con la cabeza—. Pero de su “empresa” —continuó, marcando las comillas con los tentáculos anteriores— no hay que preocuparse lo más mínimo.

El susurro fue casi imperceptible sobre las resonancias del sermón que se ofrecía en aquel momento.

—...el cielo y la tierra, el Cefalópodo Único tuvo a bien de sacrificar sus extremidades para crear toda la vida del universo. Con el primero, creó la vida vegetal, alabado sea. Con el segundo, dio vida a los animales, alabado sea. Con el tercero, puso a seres inteligentes sobre la faz de la tierra, alabado sea. ¡Y lanzó sobre ella cuatro extremidades más, una a una, perfeccionando a aquellos seres inteligentes, sus siervos, alabado sea! —una pausa—. Y cuando estuvo seguro de haber alcanzado la perfección en su creación, el Cefalópodo Único, en su eterna sabiduría y bondad, ¡desprendió su última extremidad, el Tentáculo Primigenio —la congregación murmuró fascinada e inquieta—, sacrificándose por nosotros, sus siervos —un “alabado sea” entonado por todos los fieles acompañó el relato—, dándonos la vida, mandando a su propio hijo, Paul,

Nuestro Señor, entre nosotros los dignos!

La multitud perdió la compostura y, ensalzada por la potente y convincente voz del orador, compartió un momento de éxtasis ante el relato de la creación de su raza y del sacrificio y sufrimiento que su dios y su hijo soportaron para dar nacimiento a todo lo que era.

Mientras, los dos obispos en las sombras, más confiados ante el tono crescendo de la misa, continuaron con los temas vitales para su culto.

—Los textos antiguos fueron destruidos, quemados —dijo el segundo, poniendo un tentáculo sobre los hombros del primero-, y ni toda la voluntad de esa herejía llamada ciencia puede traerlos de vuelta.

El primer obispo, inquieto, retorció las puntas de sus extremidades, unidas en señal de rezo.

—Ya pero... —dejo de mover los pares de extremidades inferiores—. ¿No puede ser que existan más? ¿Tan seguros estamos de haber buscado en cada rincón del planeta?

El segundo obispo también se detuvo, volteando la cabeza para mirar a su semejante temeroso de la ciencia.

—Mi querido siervo —entonó, separando la punta de sus extremidades y poniéndolas todas detrás, una sobre otra, como si fuese a dar un tranquilo paseo por el bosque—. Tus dudas acerca del potencial de la iglesia son cuanto menos perturbadoras —el inseguro prelado retrocedió unos centímetros—. Solo nosotros sabemos la verdad, y bien sabe el Cefalópodo Único que no hay ni una sola prueba sobre la faz de este maldito mundo que demuestre lo contrario.

—...así lo dijo Paul, Nuestro Señor —bramó el orador—. Del Cefalópodo Único venimos, y cefalópodos somos.

*

—Pero entonces, ¡ellos mienten!

Philander se detuvo en seco. Se encontraban en una pendiente tan amplia que bien podría haber pertenecido a una suave colina infinita. Hasta el momento llevaban buen ritmo de marcha; siempre era mejor bajar que subir. Pavao, al percatarse de la parada de su maestro, se giró poco a poco, temeroso de haberlo hecho enfadar. Philander se acercó solemnemente a su pupilo, le puso cuatro tentáculos encima, dos a cada lado de la cabeza, y con el aire académico que adoptaba cada vez que enseñaba algo, replicó.

—Nunca, mi querido Pavao, nunca afirmes que alguien miente solo porque piense diferente a ti. En el mundo, nadie posee la verdad de nada. Las verdades no se poseen. Lo único que puedes hacer es verla, y obrar en función a ella. O ignorarla, y vivir una mentira.

El lento cerebro de Pavao, inducido por la pausa de su maestro, empezó a procesar la información dada. Bien sabía Philander que aquella manera de comunicación con pausas, aunque en ocasiones tediosa, era más que necesaria para el aprendizaje del pobre Pavao, que no era más que uno de los cefalópodos con más ansia de aprendizaje del mundo, maldito con uno de los cerebros más lentos.

—Pero entonces... si sus afirmaciones van en contra de la verdad... ¡mienten!

Philander sonrió.

—Tú lo has dicho, mi querido Pavao. “Sí”.

—¡Claro! Porque la existencia de los textos antiguos no está demostrada... solo una teoría...

—Por eso...

—¡Por eso los estamos buscando! ¡¡Para poder llamar mentirosos a todos los de la iglesia!!

Una carcajada escapó de Philander mientras reanudaba la marcha, colina abajo, con los tentáculos sobre los hombros de su pupilo.

—No Pavao. Nosotros buscamos los textos antiguos para confirmar nuestra teoría y mostrársela al mundo. Una vez la verdad sea desvelada, si es que existe, no hay necesidad de llamar a nadie mentiroso, pues ellos mismos lo harán si deciden obviar la verdad.

A lo lejos, en el horizonte, un pueblo empezaba a distinguirse entre la homogénea campiña. *La última oportunidad de aquella pista*, pensó Philander. Si terminaba en un callejón sin salida, al igual que en ocasiones anteriores, no le quedaría más remedio que empezar de cero otra vez. O rezar al Cefalópodo Único, alabado sea.

—Pero todo lo que dicen los mentirosos encaja, maestro.

—No les llames así, Pavao.

—Perdón... pero encaja. Incluso quedan construcciones de los inteligentes desprendidos de los primeros tentáculos del Cefalópodo Único.

Philander suspiró.

—Ya te lo he explicado, mi querido Pavao. No puedes explicar el mundo al margen de la fe del Cefalópodo si no eres capaz de desprenderte de las “verdades” que predicán.

Silencio.

—Maestro...

—¿Sí?

Silencio.

—¿6.000 años son pocos años?

—Muy pocos, Pavao. Muy pocos...

Todos los tentáculos de Percival temblaron sin control. ¿Por qué él? Solo era el cura de un pequeño pueblo rural. Pequeños temores cotidianos y una austera misa dominical eran las obligaciones que le ocupaban la vida. Como cura, como creyente, había aceptado sin dudas ni reparos la fe del Cefalópodo Único. ¿Y por qué no? Todo el

mundo lo hacía, y salvo por los ateos científicos, no había más credos. Si era la única, ¿cómo iba a estar equivocada?

La palabra “Cefalópodos” podía distinguirse claramente. Además, se repetía varias veces en el texto. “Cefalópodos”. ¿De ahí sacó el nombre para los de su raza Paul, Nuestro Señor? ¿O quizás el texto era posterior? ¿Sería un engaño? Percival abandonó su pequeña iglesia todavía alterado. Miró el cielo azul, la hierba verde y el pueblo que se extendía sin apreturas ante sí.

—Buenos y hermosos días, padre.

El feligrés que le saludó empujaba un pequeño carro con cereales, a la par que sujetaba herramientas para trabajar la tierra con los tentáculos libres.

—Buenos días.

—Que el Cefalópodo le bendiga.

Percival no contestó. Tendría que avisar a la iglesia y admitir que uno de sus feligreses mantuvo en el hogar, durante generaciones, escritos antiguos tratados como reliquia familiar que solo servían para acumular polvo. O eso creían ellos. Gracias al Cefalópodo que fueron, eran y serían campesinos analfabetos. *Benditos sean...*

—¡Padre! ¡El Cefalópodo me ha escuchado! Por fin mi niño se ha curado. No sé qué haríamos sin Él, padre. ¡Que el Cefalópodo le bendiga!

La madre radiante, feliz, siguió su camino. ¿Quién era él para poner el mundo de sus feligreses patas arriba? ¿Cómo podía siquiera pensar que el mundo en el que habían nacido, crecido, vivido por generaciones, era una mentira? *Y en cambio, estos escritos...* No podía arriesgarse.

—Maestro, mire. ¡Un incendio!

Philander suspiró.

—¿Qué sabemos de los pueblos agrícolas, mi querido Pavao?

Las conexiones sinápticas del cerebro del pobre Pavao trabajaron a marchas forzadas, uniéndose de forma poco productiva.

—Los pueblos agrícolas... trabajan el campo... Oh, vaya, maestro. Esto ya me lo ha explicado, ¿verdad?

—Así es, Pavao. Así que dime, ¿cuál es la procedencia más probable para el humo que estamos viendo en la lejanía?

—En un pueblo agrícola... ¡Claro, maestro! Estarán quemando las malas hierbas de algún campo de cultivo, ¿verdad?

Philander sonrió.

—Así es, Pavao. Cuando veas una columna de humo en un pueblo agrícola, no debes alarmarte, pues casi todas las veces será provocada por la quema de malas hierbas.

—¿Y las veces que no, maestro?

—Entonces, Pavao, solo queda esperar a que no sea nada malo.

Silencio.

—¿Quiere decir rezar?

—No, Pavao. Quiero decir esperar.

Por fin había recuperado la compostura. Animales evolucionados, qué tontería. Sin duda alguna los escritos antiguos habían sido algún tipo de broma. Pero no estaba en la mano de Percival desprestigiar la herencia de aquella pobre familia de fieles, ni mucho menos, por muy infantil que fuese el legado.

—¿Más té, padre? Puedo prepararle unas pastas, si quiere y dispone a bien de alegrar esta casa con su presencia.

El feligrés, ansioso por complacer a un hombre del Cefalópodo, esperaba servicial una respuesta.

—No, hijo mío. Con esta taza de tu té es suficiente, el Cefalópodo te bendiga.

—Y a usted, padre. Y a usted —replicó el feligrés, sentándose a la mesa.

—El motivo que me trae a esta casa, hijo mío, es que he terminado de analizar los textos que me distes —el feligrés se puso rígido, sin saber muy bien que esperar—. No tienes por qué preocuparte —añadió el cura, con una sonrisa tranquilizadora—. Son textos valiosos para ti y tu familia, y como tales debes guardarlos y cuidarlos. Debes saber que es un verdadero honor poseerlos —añadió mientras ponía sobre la mesa un montón de papeles.

—Pero el contenido, padre... Si es importante, quiero que la iglesia los tenga.

Percival miró los documentos que había duplicado. Gracias, Cefalópodo, por tener a bien de dotar a esta familia con analfabetismo, pensó.

—No, hijo mío. El Cefalópodo no transmitió su palabra a su hijo Paul, Nuestro Señor, para que unos pocos la acaparasen —contestó, poniendo una mano sobre los documentos recién redactados—. Tu familia posee una copia sagrada de parte de las enseñanzas de Paul, Nuestro Señor, alabado sea. La bondad y dedicación de tu linaje ha sido recompensada, hijo mío.

Mientras Percival se levantaba para irse, observó como la cara de su feligrés radiaba sincera felicidad. ¿Cómo alguien podía dudar del poder del Cefalópodo? ¿Cómo alguien podía negar la alegría de la fe?

—Padre...

—Hijo mío, mantén tu legado bajo esta casa y transmítelo a las generaciones futuras junto con tu admirable fe, y las penurias se mantendrán por siempre alejadas de este tu hogar —puso un tentáculo sobre la cabeza del lloroso agricultor y murmuró una plegaria.

Cuando Percival abandonó la casa, el sufrido padre de familia todavía estaba llorando ante los escritos nuevos y rezando con los tentáculos apretados.

—Tenía entendido, padre, que unos escritos antiguos habían aparecido en este pueblo —dijo Philander.

—Así es, hijo mío. La palabra del Cefalópodo llega incluso a los rincones más humildes de este bendito mundo.

—“Más” antiguos, padre.

Percival se irguió, serenó el rostro y puso la voz más solemne que pudo, eligiendo con cuidado las palabras y separándolas.

—No hay textos más antiguos que la palabra difundida por Paul, Nuestro Señor.

—Permítame en su bondad, padre, que albergue dudas acerca de ello —otro fallo, pensó Philander. Otro callejón sin salida. La ira empezó a apoderarse de él. Sabía que tenía razón, pero necesitaba demostrarlo—. Respóndame con sinceridad, padre. Si encontrase textos “más” antiguos, ¿los desvelaría?

La palabra “NATURE”, una fecha imposible y unas explicaciones sobre unos animales apenas inteligentes llamados como ellos asaltaron la mente de Percival. Respiró hondo. *El fuego purifica*. Empujó las evocaciones a rincones inaccesibles de su mente. Contestó.

—No existen textos “más” antiguos, hijo mío.

—Ya veo...

Philander suspiró. Sin despedirse, agarrando a Pavao con sus tentáculos para que le siguiera, abandonó la iglesia. Una vez fuera, se detuvo y maldijo por lo bajo. ¿Cómo iba a encontrar prueba alguna en un mundo donde la iglesia llegaba a cada pequeño rincón?

—Maestro...

Philander apretó los dientes y empezó a andar sin rumbo.

—Qué —espetó bruscamente.

Pavao, temeroso del tono de su maestro, guardó silencio. Al cabo de unos minutos,

el ritmo acelerado de Philander había descendido, y su mandíbula ya no estaba tan apretada. Suspiró de nuevo, cansado de luchar contra el mundo.

—Mi querido Pavao, perdona. No he debido ser tan brusco. ¿Qué querías decir?

—Oh, nada —respondió nervioso el pupilo—. Nada.

Philander se detuvo, agarró a Pavao por los hombros y preguntó con voz dulce.

—Dime, Pavao. ¿Qué era?

El pupilo, más confiado, formuló la pregunta que le estaba rondando la cabeza desde hacía tiempo.

—Si como usted dice, Maestro, Paul no era más que un cefalópodo como nosotros que encontré escritos antiguos y enseñó su palabra...

—Intentó difundir una verdad, Pavao, una verdad que fue retorcida y aprovechada por unos pocos.

—Eso quería decir, maestro.

—Y siempre según mi teoría.

—Eso también iba a decirlo, maestro.

Philander sonrió.

—Está bien. Continúa.

—Si quería... difundir una verdad, maestro, ¿por qué nadie le escuchó?

Philander suspiró.

—Porque hubo otros, mi querido Pavao, que fueron más rápidos que él, más codiciosos, y difundieron una mentira de tal manera que la gente creyó como verdad.

Reanudaron la marcha sin rumbo, Pavao pensativo; Philander abatido, que les llevaría de vuelta al punto inicial de su particular cruzada contra la verdad impuesta. Tras varios kilómetros penosos, cuesta arriba, el pupilo preguntó.

—Maestro...

—¿Sí?

—¿Está seguro de eso?

Silencio.

—No, mi querido Pavao... —volteó la cabeza y contempló la iglesia del empedregado pueblo—. Ya no estoy seguro de nada.

El Sumo Sacerdote daba buena cuenta de una succulenta comida cuando uno de sus obispos entró en la estancia.

—Perdone la interrupción, eminencia —el cefalópodo, sin levantar la vista ni dejar de comer, indicó con un tentáculo libre que continuase—. Gracias, eminencia. Lamentó informarle de que otros escritos antiguos han aparecido en un pequeño pueblo al sur, cerca de aquí.

El Sumo Sacerdote dejó de comer.

—Cómo, ¿otra vez?

—Me temo que sí, eminencia.

El gordo cefalópodo se recostó en la silla y murmuró una maldición.

—¿Cómo puede ser que sigan apareciendo?

—No lo sé, eminencia.

El Sumo Sacerdote reflexionó.

—¿Quién lo sabe?

—Al parecer solo el cura de la iglesia local.

—¿Y cómo lo sabemos?

—Él mismo nos lo comunicó. Quiere entregárnoslos para estudio.

—¡Para estudio! —bufó su eminencia—. Será posible... —silencio—. ¿Quién más de aquí lo sabe?

—Un acolito del cura, que es el que ha traído el mensaje, y yo mismo. Nadie más, aparte de usted, tiene constancia del descubrimiento, eminencia.

La silla crujió cuando el corpulento cefalópodo se inclinó un poco más, meditando.

—Y que siga así, ¿entendido?

—Sí, eminencia.

—Vuelve con el acólito y quema los textos encontrados.

—Sí, eminencia.

—Después borra este suceso de tu mente.

—Sí, eminencia... —silencio—. ¿Y el cura y su acólito?

Silencio.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, hijo mío... —replicó con voz bondadosa, volviendo a atacar el plato relleno de comida—. Que el Cefalópodo te bendiga.

Planeta Tierra, 07-01-2011

Juanje López